

LA IGLESIA CATOLICA DEFENSORA DE LA DIGNIDAD HUMANA

Las grandes afirmaciones racistas

Por TEOFANES CALMES, SS. CC.

Se propalan doctrinas perniciosísimas, falazmente presentadas en nombre de la ciencia, con el fin de pervertir los espíritus y de apartarlos de la verdadera religión.

Por ello, esta Sagrada Congregación de los Estudios previene a las Universidades y Facultades Católicas, para que empeñen sus esfuerzos y actividades intelectuales en la defensa de la verdad, contra la invasión del error.

De la carta dirigida en nombre del Sumo Pontífice a los Rectores de Universidades Católicas, en 13-IV-1938.

Una vez más en la historia de la Iglesia, el Sumo Pontífice ha hecho oír su voz para reivindicar la dignidad y los derechos del hombre, contra las pretensiones de un despotismo fanático. Ya no se trata de rivalidades entre el Sacerdocio y el Imperio y de preeminencia entre el poder eclesiástico y el poder civil. El objeto de la contienda es la misma naturaleza del hombre, su origen y su fin, y la cuestión es de saber si la persona humana tiene su razón de ser en sí misma o si es una simple unidad material en la constitución del Estado y, ulteriormente, si esa constitución descansa en la pureza de la raza. De ahí el neologismo bárbaro de "racismo", aplicado a la "doctrina perversa" que el Sumo Pontífice señala a la atención de todas las Universidades Católicas.

Entre sus aserciones, ocupa, no sin motivo, el primer lugar la siguiente:

Las razas humanas, por su indole nativa e inmutable, se diferencian tanto entre sí, que la raza infima dista más de la suprema raza de hombres, que de la especie superior de brutos.

I

¿Qué es una raza? — Una raza es el conjunto de ascendientes y descendientes de una familia, de un pueblo.

Antes de hablar de razas superiores e inferiores, es preciso saber si existen razas verdaderamente distintas en el sentido enunciado en la definición. Ciertamente es que solemos distinguir razas negra, blanca, amarilla; hablamos también de raza latina, eslava, sajona. Pero la primera de estas distinciones es puramente superficial, y la otra, en su complejidad, abarca una infinidad de particularidades, casi todas ajenas a la descendencia genealógica.

Los apóstoles del racismo insisten en otra distinción. Para ellos se trata ante todo de distinguir la raza aria de la raza semita como dos elementos divergentes, incompatibles, siendo la primera infinitamente superior y la sola digna de respeto.

Semejante afirmación es simplemente pueril. No solamente no tiene ningún fundamento, ni en la antropología, ni en la historia, sino que se reduce a una oposición verbal, cuyos términos son desviados de su verdadero sentido. En efecto, la palabra "ario" fué adoptada en el siglo pasado por los filólogos, para indicar, no una raza de hombres, sino una raza de lenguas, un conjunto de idiomas, que ofrecen caracteres comunes y se pueden considerar como miembros de una misma familia, cuyo tronco primitivo se supone haber existido en la India con el nombre de Aria. Desde su cuna extendióse hacia el Oeste. A la par que se iban modificando, esos idiomas llegaron a dominar en la parte occidental de Asia y en una gran parte de Europa. Filólogos alemanes, al exponer sistemáticamente esa teoría, llamaron esas lenguas *indogermánicas*, pero más tarde se les dió el nombre más adecuado de *indoeuropeas*. Desde el punto de vista antropológico, es imposible admitir actualmente un grupo ario y menos una raza aria.

Algunos sabios creen que haya existido en tiempos antiguos una nación aria, a la que se refieren Herodoto y Tolomeo. Oriundos de Bactriana, esos arios primitivos habrían emigrado a la India, y se habrían sustituido a los antiguos habitantes, probablemente negros de baja estatura. Una parte de ellos habría emigrado después a Europa. Pero está demostrado, hoy en día, que en esa época remota, Europa estaba ya habitada, largos siglos hacía, por otros pueblos, que siendo menos adelantados en la civilización, pudieron muy bien adoptar la lengua de los invasores, al mismo tiempo que su cultura. Lo cierto es que esos inmigrantes no hicieron desaparecer las antiguas poblaciones; se amalgamaron con ellas, modificando más o menos su carácter físico. Así se explica, aun prescindiendo de los cruzamientos efectuados en lo sucesivo, la variedad de las razas europeas y la imposibilidad en que estamos de determinar, cuál de ellas reproduce mejor el tipo ario, si es la germana o la latina.

Lo que acabo de decir a propósito de la palabra "ario" se aplica, cambiando los términos, a la palabra "semita".

Mientras estamos en el terreno de la filología, ese vocablo tiene un sentido bien determinado, en cuanto se aplica a un grupo de idiomas estrechamente relacionados entre sí. Las lenguas semíticas constituyen una verdadera familia; por sus particularidades características, se diferencian de cualquier otra, especialmente de las indoeuropeas. Su origen parece localizarse con bastante seguridad en el centro de la península Arábiga, en la región llamada hoy Nejed y Waab, de donde, en una muy remota antigüedad, irradió en varios sentidos, extendiéndose sobre todo hacia el Norte y cubriendo toda la región del Asia Anterior, del Eufrates al Mar Negro, mientras que, pasando el Mar Rojo se implantaba en el Africa, donde queda representada, en nuestros días, por el idioma etíope. A la familia semítica pertenece la lengua bíblica, el hebreo antiguo.

Ahora bien, si se entiende por semitas los pueblos que hablan idiomas semitas, esa denominación tiene su razón de ser, pero no así, si se trata de raza. Si bien es cierto, que Arabia central ha sido la cuna del semitismo, no es menos cierto que, al salir de la Arabia los semitas encontraron poblaciones pertenecientes a otras razas, que hablaban otra clase de idiomas, como lo atestigua la antigua lengua asiria, escrita en caracteres cuneiformes, en la cual el

elemento semítico va combinado con elementos más antiguos de origen completamente distinto. En la antigüedad se realizó el mismo fenómeno que debía realizarse más tarde en mayor escala con la expansión del Islam.

Los semitas se encuentran actualmente difundidos en muchas partes, pero en proporciones tales que es un abuso de palabras, hablar de raza semítica. Con mayor razón tratándose de esa categoría de pretendidos semitas, a que se refieren los racistas de una manera especial, los judíos.

Los "Hebreos" comenzaron a llamarse judíos después del cautiverio de Babilonia, en los tiempos de la restauración, es decir, en el siglo V antes de Cristo, mientras en los tiempos patriarcales se llamaban "Israel". Para reconstruir su historia tenemos una fuente segura, la Biblia, ampliamente confirmada por los documentos profanos, que las excavaciones arqueológicas han sacado a luz en los últimos tiempos. Sabemos que unos dos mil años antes de Cristo, salió de Caldea el patriarca Abraham con su modesta tribu y que, después de haber estado algún tiempo en la tierra de Canaán llevando una vida nómada, esa tribu se acogió a Egipto, de donde salió bajo la dirección de Moisés para volver a Canaán, que era para ella la tierra de promisión. En el curso de esa peregrinación se verificó la revelación del Sinaí. Este acontecimiento decisivo en la historia del pueblo de Israel parece corresponder al siglo quince. Es poco probable que en el curso de esas migraciones, que duraron unos cinco siglos, la sangre de Abraham se haya transmitido con toda pureza. Lo cierto es que una vez establecidos en medio de los cananeos, sea durante el período de la conquista, en tiempo de los Jueces, sea más tarde, en la época relativamente tranquila de los Reyes, hubo en el pueblo de Dios una tendencia irresistible hacia las mujeres extranjeras, cuya influencia ponía constantemente en peligro la fidelidad a la Ley de Moisés. Y hay que notar que los Cananeos aunque hablaban un idioma semítico, son señalados en la Biblia como descendientes no de Sem, sino de Cam, y que los Filisteos que poblaban la llanura marítima y que tuvieron en jaque a los hebreos durante tanto tiempo, son llamados en la Escritura Sagrada "incircuncisos" y no eran tampoco de origen semítico.

La situación empeoró y la promiscuidad se acentuó con la deportación de los Israelitas a Babilonia y la traslación a Palestina.

de pueblos traídos del Oriente. Encontramos una reseña elocuente de ese estado de cosas en el libro de Esdras. En la parte de sus memorias que dedica al restablecimiento del pueblo judío en Jerusalén, el gran restaurador dice: "Acudieron a mí los príncipes, diciendo: ni el pueblo de Israel, ni los sacerdotes y levitas se han mantenido segregados de los pueblos de estos países y de sus abominaciones, a saber de los Cananeos, Heteos, Jebuseos, Fereseos, de los Fenicios, Ammonitas, Moabitas, Egipcios y Amorreos, porque han tomado de sus hijas esposas para sí y para sus hijos, y han mezclado el linaje santo con las naciones del país, habiendo sido los magistrados y príncipes los primeros cómplices de esta transgresión" (Esdras IX, 1-2). Verdad es que Esdras procedió inmediatamente y con energía a una severa depuración disolviendo los matrimonios ilegítimos. Pero el mal estaba hecho y en forma irreparable.

En los siglos siguientes, la invasión persa y sobre todo la conquista griega consumaron la confusión racial. La difusión del helenismo, la destrucción del templo y la dispersión de los judíos dieron el golpe decisivo al nacionalismo hebreo y, en los tiempos cristianos, el judaísmo no se distingue sino por un vago misticismo mesiánico, en que se oculta un fermento revolucionario hecho de grandeza para siempre abolidas y de esperanzas frustradas. Al salir del Arca, Noé había dicho: "Dilate Dios a Jafet y habite en las tiendas de Sem" (Gen. IX, 27). Invirtiendo los términos de ese presagio, la Providencia ha hecho que se dilatara Sem y habitara en las tiendas de Jafet.

II

Grupos superiores o inferiores

Prescindiendo ahora de la palabra "raza" por no corresponder a ninguna idea clara y a ninguna realidad determinada, cabe preguntar si, entre los grupos humanos, hay tales diferencias que se pueda establecer entre ellos una jerarquía de valor y dignidad, que permita clasificarlos en inferiores y superiores y atribuir a alguna de las razas la supremacía sobre las demás.

Es evidente que la humanidad, considerada en varios momentos de su historia, o en varias regiones del orbe, ofrece distintos grados de cultura, según que se encuentra más o menos adelantada en lo que llamamos "progreso" y "civilización". Este hecho resalta con mayor relieve, si comparamos el hombre de las cavernas con el hombre actual, o una tribu de canibales con los habitantes de una capital europea. Pero el sentido común atribuye a todas las razas una misma naturaleza y las reconoce como pertenecientes a la misma especie. La ciencia confirma esta manera de ver y la filosofía la consagra definiendo al hombre: animal racional. La razón o inteligencia es, pues, el elemento que caracteriza especialmente al hombre y lo distingue del bruto. Por eso la Sagrada Escritura nos enseña que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza y lo constituyó dueño de todos los animales de la tierra. (Gen. I, 26).

¿Cómo se manifiesta la inteligencia?, o en otras palabras, ¿cuál es el criterio práctico que permite discernir, en cada caso particular, el ser humano de cualquier animal? Ese criterio material, simple e irreductible, es el uso del instrumento, es decir, la adopción de un objeto material con la mira de facilitar, extender o intensificar la actividad individual, porque tal práctica supone una facultad capaz de prever, de prescindir del tiempo, es decir, una facultad espiritual, que establece entre la humanidad y la mera animalidad una barrera infranqueable. Esa barrera no existe entre las colectividades de hombres que pueblan la superficie de la tierra. Entre el arco del salvaje y el cañón más perfeccionado de nuestros tiempos, no hay sino una diferencia de grado. Ambos instrumentos obedecen a una misma preocupación y proceden de una misma facultad propia del hombre, la inteligencia. Ciertamente que algunos animales utilizan a veces los objetos que tienen a su disposición para satisfacer inmediatamente alguna necesidad, pero nunca para un uso permanente y en vista del porvenir. Hay por consiguiente, dentro de la animalidad, una diferencia de naturaleza que constituye al hombre en una especie distinta, la de animal racional. Ahora cabe preguntar, si no existen diferencias análogas dentro de la misma humanidad, o, en otros términos, si no hay varias especies de hombres.

La unidad de la especie humana está demostrada por lo que nos enseña la Sagrada Escritura acerca del origen del hombre. Si

es cierto, como lo pretenden las ciencias naturales, que la especie se funda en el principio de la generación, siendo todos los hombres descendientes de una sola pareja primitiva, pertenecen todos a una misma especie; las diferencias son puramente accidentales, y el criterio que pretende establecer entre ellas distinciones radicales resulta superficial. Ese criterio es lo que suele llamarse cultura o civilización.

Conviene ante todo distinguir entre civilización y progreso. En el lenguaje común, se entiende por "progreso" el perfeccionamiento de los medios de producción o instrumentos de la industria y sobre todo la sustitución de las fuerzas de la naturaleza a la fuerza muscular, mientras que la palabra "civilización" indica más bien la sustitución de la razón a la fuerza en los conflictos humanos. En regla general, la civilización y el progreso se desarrollan paralelamente. Sin embargo, hay casos en que entran en oposición, de tal manera que, retrocediendo la civilización en forma alarmante, el progreso adelanta a pasos agigantados. Esa paradoja se verifica en las guerras modernas. La guerra corresponde a la abdicación de la razón para dejar a la fuerza material la solución de dificultades internacionales, lo que significa una regresión a la barbarie, y es precisamente en tiempo de guerra cuando bajo la presión de necesidades urgentes, la industria se desarrolla de una manera sorprendente.

Pues bien, progreso y civilización constituyen una herencia común de la humanidad, cuyo origen se pierde en las oscuridades de la prehistoria. En los tiempos históricos su centro aparece inestable; lo vemos pasar de un país a otro, de un pueblo a otro, hasta que la facilidad de las comunicaciones determine la descentralización y haga de ese tesoro hereditario una riqueza difundida entre todos los pueblos. Es evidente, que hoy día ninguna nación puede reivindicar el monopolio del progreso y de la civilización. Ese patrimonio está al alcance de cuantos forman parte de la familia humana, y sería pueril preguntarse en dónde está actualmente el motor del progreso y alma de la civilización. Lo que más bien se puede preguntar es: ¿cuáles son los elementos constitutivos de la cultura moderna? Estos elementos son dos: la tradición greco-romana y la religión cristiana. La Filosofía y las Artes nos vienen de Atenas, sea directamente, sea por el conducto de Roma; nuestra Moral es

la del Evangelio, y no hay en el mundo ninguna categoría de hombres que puedan jactarse de poseerlas en propiedad.

Lo que hace la humanidad no es la sangre, sino el alma, y la Filosofía Escolástica nos enseña que el alma con sus facultades es igual en todos los hombres. Las diferencias que se notan entre los individuos dependen de circunstancias accidentales y especialmente de la educación. En cuanto al alma colectiva, es decir, al espíritu y carácter de un pueblo o de una Nación, no se puede ver en ella más que una metáfora, que expresa por analogía las aptitudes y modalidades de un grupo. No se puede negar la existencia del carácter nacional, sobre todo tratándose de naciones ya antiguas. Pero las diferencias de nación a nación son mucho menos salientes que las que existen entre individuos. La vida común tiende al nivelamiento, y así como en la historia pueblos distintos han llegado a la unidad nacional, y la centralización de la vida pública va borrando cada día más el individualismo regional, del mismo modo, las naciones hoy día rivales y hasta enemigas, se compenetran en cuanto participan de la misma cultura, y como se puede hablar de alma nacional, así también se puede hablar de espíritu europeo o americano.

La tendencia del género humano, es hacia la unidad, de tal manera que los que fomentan la división de clase o la lucha de razas, van contra el orden de la naturaleza y el plan de Dios. Al crear al hombre, Dios lo hizo sociable para que se multiplicara dentro de la armonía y de la paz. El primer fratricidio fué el resultado de la desobediencia y del pecado. La predicción del Evangelio y la fundación de la Iglesia han venido a restablecer sobre nuevas bases la fraternidad humana. Nuestro Señor no distinguió entre pueblos y razas, y la Iglesia que fundó para mantener y extender su reino, no conoce ni distinciones, ni límites; abarca la humanidad entera, y por eso se llama Católica. Quizás se preguntarán algunos ¿qué diría Jesucristo ante el espectáculo que ofrece actualmente el mundo? La contestación a esta pregunta se encuentra en cada página del Evangelio. Pero no es necesario abrir ningún libro. El que, hace dos mil años, predicaba el Reino de Dios por los campos de Galilea habla a la generación presente por la boca de su Vicario, y su voz que se extiende a todos los ámbitos de la tierra, encuentra eco en la conciencia universal. La política de opresión y de violencia no corresponde a la naturaleza del hombre, ni a las exi-

gencias de la civilización cristiana. A pesar de todas las apariencias contrarias, la humanidad persigue un ideal de paz y de fraternidad, que no se realizará sino en la caridad de Jesucristo.

Al concluir esta modesta disertación, creo interpretar los sentimientos de la Juventud Católica Universitaria expresando la más profunda simpatía por todos aquellos que sufren persecución, judíos y cristianos, oprimidos por un Estado deificado, y especialmente por nuestros hermanos en la fe católica. Que para sostenerlos en estos momentos difíciles Dios haga revivir en el Episcopado germano la entereza apostólica de San Bonifacio.

T. CALMES, SS. CC.

Párroco de la Iglesia Universitaria de Lima.